

colaboración e investigación

NOTAS DE FILOSOFIA

P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS

Tan sólo una loca irreflexión puede explicar la despreocupada actitud de los pueblos hacia los problemas que plantean al hombre actual sus formas de convivencia. De ahí la esperanza que suscita el intento del arquitecto griego Constantino A. Doxiadis de elaborar toda una ciencia del habitat humano, que, según inspiración helena, recibiría el nombre de "Ekística". Su trabajo a este propósito publicado en la Revista de Occidente (marzo 1964) es muy acreedor a la atención de arquitectos y filósofos.

En otro número comentaré los puntos de vista más importantes de este trabajo. En éste considero indispensable fijar la atención en el deseo expresado por el autor de que se funden grupos de expertos destinados al estudio de la ciudad como un todo.

COLABORACION

Esto sugiere inevitablemente la idea de colaboración, a la que ya en esta misma Revista consagré algún artículo y que en un país como el nuestro que estrena plan de desarrollo merece un trato de excepción.

A la colaboración se opone diametralmente la búsqueda obsesiva de originalidad, entendida superficialmente como culto a lo novedoso por la tendencia snobista a supervalorar el cambio, la mera mutación sin arraigo, hondura y calidad. El hombre moderno, afanoso de cultivar los valores individuales, suele aplicar al logro de una figura característica y singular el afán que hubiesen requerido tareas comunitarias de gran empuje.

Esta pretensión de originalidad y singularidad lleva a minusvalorar toda voluntad de integración esforzada y humilde en una labor de servicio comunitario a grandes valores, que, por tales, requieren el esfuerzo aunado de mil y mil individuos particulares.

Así, al hablar de investigación, se tiende a pensar en hallazgos inéditos, en procesos inquisitivos que parten de cero para acabar sorprendiendo a la Humanidad, con lo cual se pasa por alto que todo gran hallazgo está inscrito inexorablemente en el afán de generaciones enteras que se unen merced a ese vínculo dinámico que llamamos tradición, concepto que, bien entendido, no debiera despertar idea alguna de servil aceptación de conocimientos ya adquiridos,

pues en el fondo no se trata sino de la creación constante de un legado de saber gradualmente creciente.

En aparente paradoja, el hombre se torna original —en el sentido profundo de originario—cuando retorna a las fuentes, enraizándose en la cultura más robusta de un pueblo, vibrando al unísono con los grandes problemas de una comunidad cultural, integrándose vitalmente en una tradición. El que se desarraigá por deseo de singularización agosta su espíritu y se autocondena a la esterilidad. El que se afana por cantar su melodía personal sobre la armonía recóndita del legado cultural recibido transmite a las generaciones posteriores frutos ejemplares de sano humanismo. Cuando se estudia de cerca el proceso que va de Haydn—el "papá Haydn" de la Viena clásica y cortesana—, a través de Mozart—el genio que supera desde dentro los moldes clásicos—hasta el Beethoven de las últimas sinfonías y cuartetos, se observa que la madurez no la conquista el hombre a base de fáciles renuncias y despojos, sino a través de la esforzada asimilación de unos métodos y estilos que sólo son trasmutados a impulsos de una superabundancia interna expresiva. Es curioso que se pretenda prescindir por principio de las normas y formas en virtud de un mero lema antiacademista, pues nada hay más arbitrario y violento que un estilo impuesto desde fuera a una labor creadora, por graves y amplias razones que se piense tener para ello. En Arte no hay más razón válida que la necesidad expresiva, y mucho es de temer que ese innegable sabor a laboratorio que se observa en muchos de los productos actuales no sea sino reflejo de la necesidad de suplir con "oficio" lo mucho que falta de genuina inspiración.

A menudo se olvida que la única originalidad que importa es la que responde a plenitud expresiva. Cuando Mozart o Beethoven—para proseguir la alusión musical—practican una determinada innovación técnica, lo hacen por urgencias expresivas ineludibles, que al hallar de este modo—mediante tal ampliación de posibilidades—cauce apropiado, enriquecen al oyente que es lo suficientemente flexible para no convertir los medios en fines. El academicismo reprobando se basa justamente en la obstinada voluntad de mantenerse a ultranza fiel a las formas heredadas. El artista que sirve a esa energía creadora que llamamos inspiración conserva las formas y las respe-

ta en cuanto posibilidades de expresión, en cuanto caminos abiertos a toda posible expansión y alteración.

No hay que temer, pues, ponerse a la tarea común cuando ésta es amplia y profunda, porque el servicio comunitario a algo de gran calidad no gregariza, antes plenifica, lleva a madurez la personalidad de quien colabora.

Aquí es de notar que no se logra amplitud de espíritu abriendose superficialmente a gran número de temas, sino insistiendo en algunos pocos bien caracterizados y hondos. Lo cual suscita un puñado de gravísimos problemas pedagógicos que debiéramos valientemente someter a revisión.

¿CULTURA ENCICLOPEDICA O CULTURA CREADORA?

Cuando con sobrada razón lamentamos los españoles la falta de investigación en nuestro país debiéramos cuidarnos de no perder en vanas censuras y elegías el tiempo que reclama el estudio de las verdaderas causas de este alarmante fenómeno. Alarmante, porque—como nadie debiera ignorar—ninguna nación puede alzarse a un nivel digno en el concierto universal que no realice una intensa labor de apertura a nuevos horizontes intelectuales.

Actualmente se están elaborando entre nosotros ambiciosos planes de mejora en las instituciones docentes. Para llegar a una óptima realización de los mismos pienso que es indispensable someter a implacable examen la pregunta siguiente: ¿Favorecen nuestros centros docentes el desarrollo, descubrimiento y pleno logro de vocaciones investigadoras, o tienden más bien de modo casi fatal, por la fuerza misma de su inercia constitutiva, a cortar en agraz todo posible brote de inquietud hacia la investigación? Hace unos cinco años un catedrático alemán hizo ante un grupo de periodistas españoles esta observación, digna de ser sometida a un profundo análisis: "España no cuenta apenas en el mundo de la investigación, pero nos envía con mucha frecuencia excelentes estudiantes. Algo falla, sin duda, en los sistemas de organización."

Respecto al problema general de cuál debe ser la orientación de los estudios superiores, pienso que, indudablemente, las Universidades y Escuelas técnicas deben facilitar a los estudiantes un elenco suficiente de saberes perfectamente definidos. Pero lo grave es determinar cómo han de ser éstos trasmisidos a los jóvenes de modo que la personalidad de los mismos llegue a pleno desarrollo. Dicho en esquema y del modo más directo posible, mi parecer es que todo cuanto se enseña en los centros superiores —y esto debe ser aplicado en grado proporcional a los inferiores—ha de ser ofrecido a los alumnos en estado naciente, con todo el dramatismo y novedad

de su hallazgo primero. No sólo la Metafísica—según la conocida exigencia aristotélica—, sino todo el saber humano es un "saber buscado", un saber vibrante, fontanal, luz en eterna alborada, recién estrenada y viva. Enseñar a un alumno lo que es la radio es hacerle asistir al proceso viviente de invención de la misma; revelarle la esencia de la Metafísica es abrirse con él al misterio siempre nuevo del ser. Enseñar es trasmitir la emoción de descubrir, de hallar por sí mismo las raíces y razones últimas de las cosas. Investigar es vivir la marcha del hombre hacia el saber, bien entendido que sólo al asumir la responsabilidad de abrir rutas esforzadamente se adentra uno en el santuario del verdadero conocimiento.

Es incomprendible y alarmante la actitud de nuestros estudiantes—en su inmensa mayoría—respecto a la actividad investigadora. Entienden como menester de elegidos, algo extraño, exótico y lejano lo que debiera ser alimento cotidiano del espíritu, manifestación primaria del ansia humana de saber. Si se me preguntara cuál es el secreto del poder de atracción que ejercen sobre los discípulos los grandes pedagogos, yo diría que es su capacidad de revivir con ellos las fases de su marcha hacia el saber, no dándoles tan sólo noticia del resultado de sus búsquedas o haciéndoles participar vagamente de su tensión inquisitiva, sino ambas cosas a la par: esa singular dialéctica de dramático buscar y sereno encontrarse en el seno de la verdad, de arriesgarse y arraigarse, de hallarse a través del apoyo lábil de los pormenores en el ámbito acogedor del todo que los subtien-de. El gran maestro no es una enciclopedia parlante que satura y ciega las mentes de los alumnos con un cúmulo de saberes trasmisidos de fuera adentro, de modo más o menos coactivo y superficial, sino aquel que insta y hace posible a los discípulos convivir con él la gran experiencia del acceso al saber; experiencia endógena, de dentro afuera, como es todo lo orgánico y fecundo. Por eso el gran maestro es firme y robusto en su quehacer profesional, en su porte intelectual y académico, pero respeta al máximo la libertad del alumno, que no se siente coaccionado en ningún caso por él, sino sobrecogido por la verdad de la que da testimonio en actitud de servicio.

INVESTIGACION Y ESPECIALIZACION

Si es incuestionable que a la larga la prosperidad de un país pende de esos pioneros del saber que son los investigadores, urge determinar si la enseñanza debe limitarse a trasmisir saberes y formar futuros profesores que hagan a su vez partícipes a otros de ellos, o está en la grave obligación de crear y desarrollar talentos investigadores.

Mi opinión se inclina decididamente al segundo miembro del dilema, por la grave y bien meditada razón de que sólo es posible un auténtico saber cuan-

do se accede al conocimiento con una actitud de compromiso y se asiste al despliegue del progreso cultural de modo activo. El alumno que se reduce a grabar sobre la placa fiel de su memoria los datos que le facilita el esfuerzo intelectual de los investigadores no alcanzará jamás el nivel que distingue a un verdadero intelectual de un aparato registrador de saberes o enciclopedia muerta.

Esta activa e inmediata participación del alumno en la faena de investigar lleva consigo una cierta restricción en la amplitud de los programas de estudio, que implica costosas renuncias. Pero a una visión profunda de las cosas no se oculta que este sacrificio florece a su tiempo en verdadera plenitud de espíritu. Ahora bien: ¿cuál es la situación al respecto en nuestros centros de enseñanza?

Sin afán alguno de disipar en meras críticas la energía que reclama la urgente tarea que nos incumbe, pienso que se impone reconocer que entre nosotros la amplitud de los programas provoca la adopción de un tempo tan extremadamente acelerado en la práctica de la docencia que se hace imposible una toma de actitud rigurosamente personal por parte de los alumnos. En este sentido los llamados Cursos Comunes de la Facultad de Filosofía y Letras son un ejemplo patente de cómo la universalidad superficial se cruza en perpendicular con la amplitud de la verdadera sabiduría.

Tan sólo por afán de concretar los puntos de vista expuestos voy a exponer algunas de las muchas cuestiones suscitadas por el plan actual de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, que es el horizonte intelectual en que primordialmente me muevo. Lo hago naturalmente en la seguridad de que, con las inevitables diferencias, los problemas pedagógicos son muy semejantes en todas las facultades.

PRESUPUESTOS DE LA INVESTIGACIÓN

Si convenimos en que una de las tareas primordiales de la enseñanza superior es promover investigadores—en el más amplio sentido del vocablo—, el estado precario de la investigación en España debe ponernos alerta respecto a las deficiencias pedagógicas que lo provocan. ¿Qué exigencias implica la promoción de investigadores y cómo se comporta a este respecto nuestra enseñanza académica?

Para que se despierte en un joven la vocación investigadora debe tomar contacto *inmediato* con los problemas culturales, pues sólo la presencia viva de algo puede suscitar la energía que implica la consagración de una vida a una determinada tarea. En este trato íntimo con un tema se adquiere conocimiento del terreno ya explorado y se adivinan los puntos todavía en sombra. Una mínima dosis de entusiasmo por parte del joven—siempre presto al riesgo de toda suerte de aventuras—es suficiente para

encender en su espíritu el ansia de abrir campos inéditos al saber.

Si, por el contrario, se mantiene al estudiante cuidadosamente alejado de los problemas culturales vivos mediante la coactiva interposición de áridos resúmenes esquemáticos entre la mente abierta del estudiante y la fértil realidad, objeto último de estudio, no se logrará sino convertir la actividad académica en un fin, consiguiendo a lo sumo óptimos frutos de aprovechados colegiales, pero cosechas nulas de pioneros del saber.

Descendiendo al área de lo concreto, observamos que los Estudios Comunes constituyen en la Universidad una especie de prolongación extemporánea de los estudios medios, de bachillerato en abierta contradicción con la reciente reducción y "especialización" de éstos. En el plan actualmente vigente del Bachillerato se plantea a los jóvenes de catorce y quince años la necesidad de tomar opción por Ciencias o Letras, y se intercala entre el sexto curso de Bachillerato y el primero de estudios superiores un curso destinado a poner en forma las facultades necesarias para adentrarse con buen éxito en la metodología rigurosamente universitaria. Pero he aquí que, al trasponer el dintel universitario, la ilusión primera se truca inevitablemente en decepción al advertir que el incremento en cantidad de materia de estudio no siempre responde, en rigor, a un ascenso de nivel en los métodos de enseñanza. Por otra parte, el horizonte cultural permanece invariable respecto al bachillerato, haciendo con ello más honda la sima que distancia el estudio de las Ciencias y el de las Letras. De esta forma es hoy día inevitable tropezar con escollos graves, como por ejemplo, el que los estudiantes de Filosofía de las Ciencias desconozcan algo tan elemental como la existencia de una disciplina llamada Geometría analítica y no dispongan de la más elemental noción del significado que entraña histórica y teóricamente el cálculo infinitesimal.

Por ser comunes a disciplinas dispares, los estudios de los primeros cursos no cumplen la función prepatoria que en principio les está asignada, de tal modo que en los cursos de especialidad se encuentran insalvables dificultades para iniciar cualquier intento de acceso directo e inmediato a los temas de investigación, con lo cual profesores y alumnos deben acogerse al fácil recurso de exponer y estudiar de modo más o menos memorístico los manuales o apuntes de clase, con gran comodidad—casi siempre—por parte de los primeros y grave quebranto—siempre—de los intereses culturales de los segundos. Son sintomáticas a este respecto las razones que suelen aducir en algunos casos ciertos profesores para mantener las explicaciones de clase al nivel de los alumnos menos aventajados.

Vistos los estudios universitarios desde la atalaya del quinto curso, resulta en extremo penoso observar que el considerable esfuerzo que actualmente se exi-

ge a los estudiantes de Comunes no da el fruto que debiera esperarse. Después de cinco años de tensiones, sobresaltos y esfuerzos memorísticos a veces casi sobrehumanos, los jóvenes licenciados son acometidos a menudo de sentimientos de profunda depresión al encontrarse desgarrados para la lucha de la vida. Los tres años de especialidad—que no han logrado desprenderse en la mayoría de los casos de las andaderas de los manuales introductorios, más propios de la enseñanza media que de la superior—, no han sido en modo alguno suficientes para ayudarles a encontrarse a sí mismos como profesionales, y los estudiantes se ven obligados a dejar las aulas en un estado de inmadurez y adolescencia intelectual que no es garantía del menor éxito.

Pero hay más. La promoción y formación de investigadores exige poner a los estudiantes al corriente del estado actual del saber, bien entendido que el pasado sólo es rigurosamente histórico y, por tanto, valioso cuando es asumido por el presente con vistas a la estructuración del futuro. La Universidad, por el contrario, está vertida en general a un pasado desconectado del presente. Los cursos de Historia—artística, literaria, filosófica, etc.—suelen terminar hacia el Barroco; ciertas corrientes filosóficas, en sí mismas muy valiosas, se centran con decidida exclusividad en el corazón de la Edad Media; algunas disciplinas eminentemente actuales son explicadas al hilo de ciertas obras de pensadores anteriores a la era cristiana, etc. ¿Puede esperarse que surja de estos métodos una floración de investigadores? Pienso que de una vez para siempre deberíamos reconocer que los resúmenes, por amplios y brillantes que sean, no lograrán jamás lanzar a un estudiante a la aventura del investigar, porque, al no ofrecer la problemática viviente de los temas, sino lo consabido y bien establecido, ciegan en los jóvenes las vetas de toda sana inquietud.

Bien vistas las cosas, no tiene sentido dar en clase lecciones elementales y agregar a las mismas ciertas sucintas indicaciones bibliográficas para que los alumnos amplíen por su cuenta esos datos esquemáticos. Más bien debería procederse a la inversa. El manual debe desempeñar una mera función orientadora en orden a la labor propiamente universitaria de investigación, pues el mero adquirir noticia de los saberes ajenos no constituye en modo alguno la formación que la sociedad está autorizada a exigir de un profesional universitario. El catedrático que se limita a dictar en clase enseñanzas trasmisibles con mucha mayor perfección y comodidad a través de la letra impresa de libros asequibles al alumno no tiene justificación en una época como la nuestra, dotada de medios técnicos tan perfectos como la imprenta, el magnetófono, etc. El profesor debe reservarse para la intrasferible función de trasmitir a los jóvenes la onda de emoción que produce el contacto inmediato con el proceso de adquisición del saber.

Suele aducirse como causa de la falta de investigación la penuria económica de los postgraduados. Pero es un hecho que los grandes investigadores no contaron desde el principio con cuantiosos medios, sino con un tema de trabajo y la inmarchitable ilusión de esclarecerlo. Si todo estudiante abandonase las aulas de la universidad con un tema posible de investigación inscrito en su recién adquirido título de licenciado, todos sus ineludibles trabajos de preparación de cátedra, sus primeros ensayos de novel escritor, etcétera, se polarizarían en torno a esa materia predilecta, y al cabo de cierto tiempo los resultados de esta afanosa y constante dedicación despertarían el interés de los profesionales del mundo entero. Un trabajo, el más humilde, de auténtica investigación es en todo caso útil, y tiene por derecho propio un lugar específico en el concierto de la cultura universal. Así orientados los estudios superiores, sobre el país se extendería rápidamente una red de investigadores que transformarían su faz. Cada profesional, un tema. Mil profesionales, mil temas y veinte mil profesionales con veinte mil temas levantan un pueblo. Es sabido que no carecemos en la actualidad de brillantes ejemplos que lo confirman.

Ahora bien: ¿qué orientación general, qué meta se fija a nuestros estudios? ¿Quién triunfa académicamente en nuestros centros: el que lucha por abrirse al mundo viviente del saber, o el que prepara fácilmente unos programas más o menos convencionales? Convendría mucho advertir aquí que el modo de orientar los exámenes y la concesión de premios influye decisivamente en la actitud global del alumno frente a sus estudios. Dejar este delicado punto al arbitrio de los profesores es condenar a la institución universitaria a navegar sin timón. ¿Qué buscan nuestros estudiantes primordialmente: aprender o meramente aprobar? ¿Hacerse hombres, elevarse a la mayoría de edad intelectual, o cubrir un expediente con brillantez? Dicho desde otra vertiente, tal vez la auténticamente responsable: ¿se fomenta en los centros superiores la conciencia de responsabilidad del alumno ante la sociedad a la que va a servir como profesional, o se lo reduce de propósito y violentamente a la condición de mero discípulo? Nadie puede negar con recta intención que la respuesta a estas preguntas compromete el sentido pleno de la enseñanza superior. Mucho le importaría a España, en su fecunda coyuntura actual, revisar estos puntos con auténtica sinceridad y espíritu constructivo, bien sabido que una defectuosa orientación general puede hacer infecundo el esfuerzo de los estudiantes y cortar las alas de la mejor inspiración a los profesores. Que en nuestro país contamos actualmente con una juventud entusiasta y bien dotada y con un cuadro de profesores competentes que a la vista está. Posiblemente, tan sólo falte una estructuración más adecuada para que la Universidad grane en frutos de fecunda investigación.